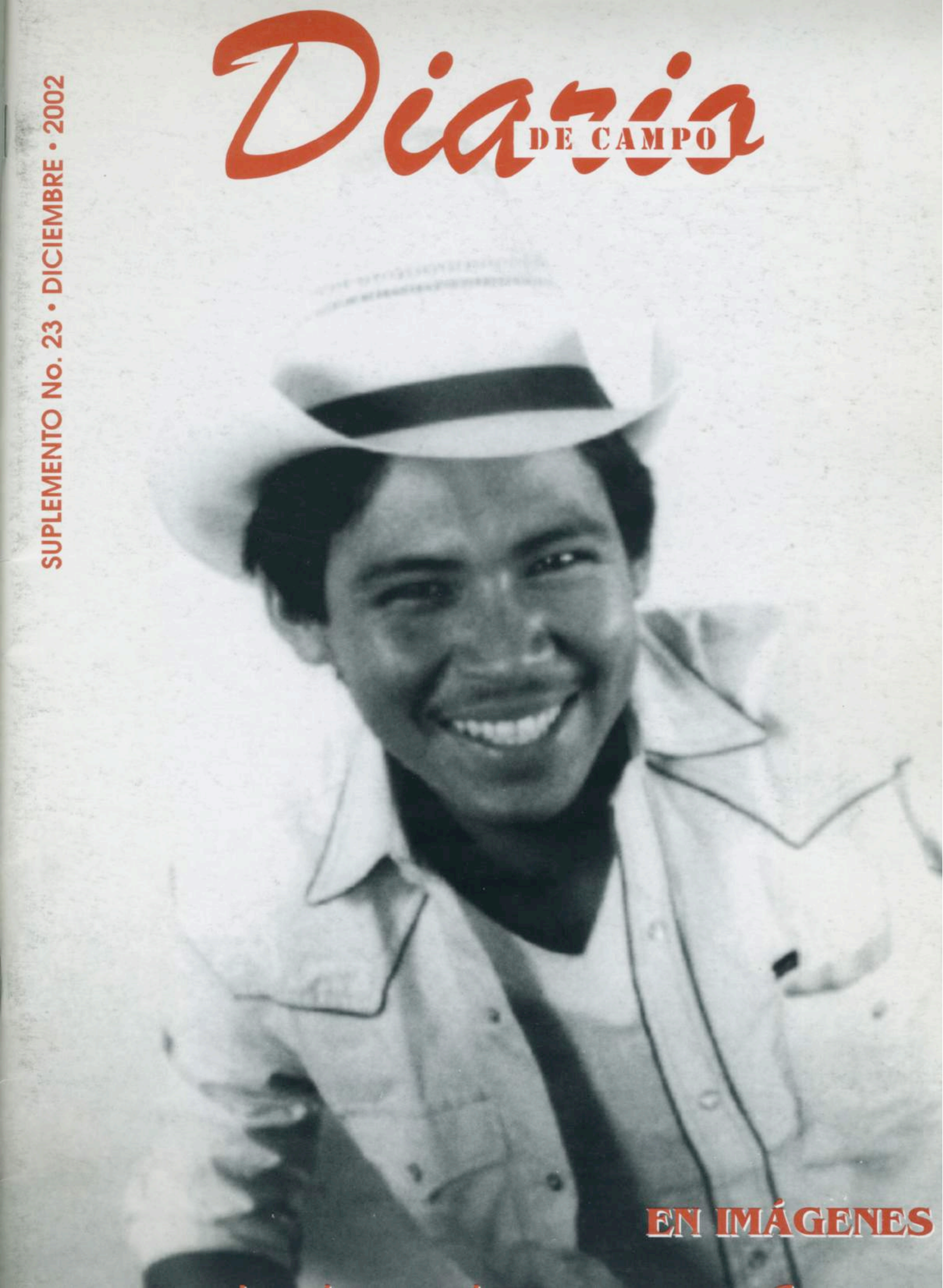
Diario DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 23 • DICIEMBRE • 2002



EN IMÁGENES

Diario DE CAMPO

SUPLEMENTO No.23•DICIEMBRE•2002

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGíA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL DEL INAH:	*SERGIO RAÚL ARROYO*
SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH:	*MOISÉS ROSAS*
DIRECCIÓN:	*GLORIA ARTÍS*
SUBDIRECCIÓN EDITORIAL:	*ROBERTO MEJÍA*
APOYO TÉCNICO:	*VICENTE CAMACHO*
CORRECCIÓN DE ESTILO:	*MAURICIO DEL RÍO*
DISEÑO Y FORMACIÓN:	*AMADEUS / ANA MA. BENAVIDES /LILIANA ARGUETA*
COORDINACIÓN DE ESTE SUPLEMENTO:	*MAYA LORENA PÉREZ RUIZ*

El Suplemento de *Diario de Campo* publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etc., que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos materiales es exclusivamente de sus autores.

ÍNDICE

7

Jóvenes indígenas y su migración a las ciudades

Dra. Maya Lorena Pérez Ruiz

23

La invención de la adolescencia: las otomíes urbanas en Guadalajara

Dra. Regina Martínez Casas

37

Jóvenes huicholes migrantes de Nayarit

Mtra. Marina Anguiano

51

Delincuencia juvenil migrante: cultura e identidad

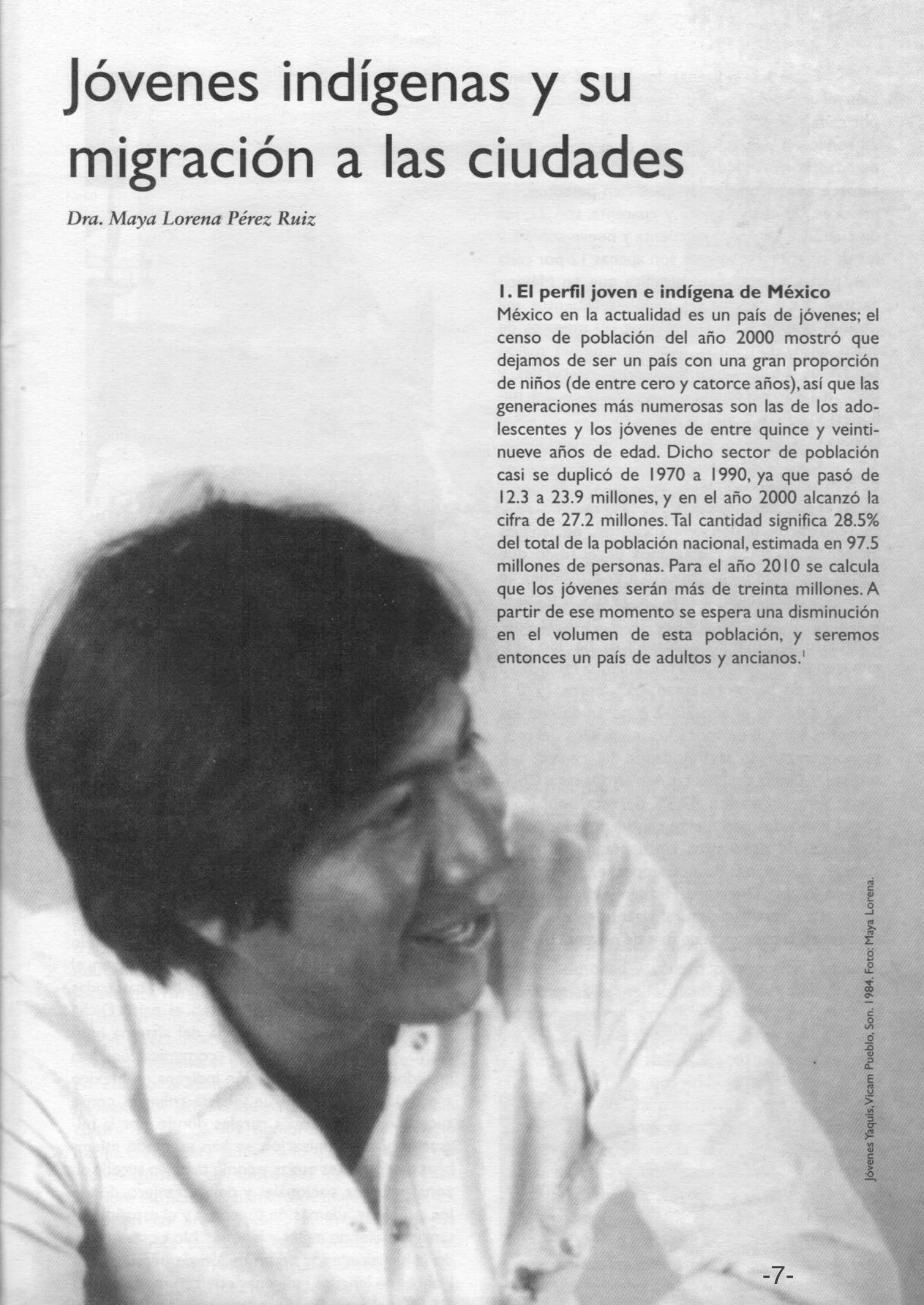
Mtra. Rocío Hernández Castro

Jóvenes indígenas y su migración a las ciudades

Dra. Maya Lorena Pérez Ruiz

1. El perfil joven e indígena de México

México en la actualidad es un país de jóvenes; el censo de población del año 2000 mostró que dejamos de ser un país con una gran proporción de niños (de entre cero y catorce años), así que las generaciones más numerosas son las de los adolescentes y los jóvenes de entre quince y veintinueve años de edad. Dicho sector de población casi se duplicó de 1970 a 1990, ya que pasó de 12.3 a 23.9 millones, y en el año 2000 alcanzó la cifra de 27.2 millones. Tal cantidad significa 28.5% del total de la población nacional, estimada en 97.5 millones de personas. Para el año 2010 se calcula que los jóvenes serán más de treinta millones. A partir de ese momento se espera una disminución en el volumen de esta población, y seremos entonces un país de adultos y ancianos.[1]



Jóvenes Yaquis, Vicam Pueblo, Son. 1984. Foto: Maya Lorena.

Entre los indígenas, los jóvenes son también el sector generacional mayoritario, ya que por cada cien hablantes de lenguas indígenas (HLI), 29 son jóvenes de entre quince y veintinueve años de edad. Por otro lado, los niños (de entre cinco y catorce años) son 24 por cada cien personas; los mayores, de entre treinta y cuarenta, son 21; los de cuarenta y cinco a cincuenta y nueve son 14, y los de sesenta años y más son apenas 12 por cada cien personas HLI.[2] Esto significa que en México existen poco más de un millón setecientos mil jóvenes indígenas (1 752 905 de HLI mayores de cinco años). De éstos, alrededor de un millón (28.1% de 3.6 millones) viven en áreas rurales, y poco más de setecientos mil (29.8% de 2.4 millones) viven en zonas urbanas, es decir, en localidades mayores de dos mil quinientos habitantes.[3]

El crecimiento de jóvenes indígenas ha ido de la mano del crecimiento de la población indígena en el país durante el siglo XX. Para el año 2000 se registraron 6 044 547 hablantes de lenguas indígenas, de cinco y más años de edad, lo que significa que son 6.1% respecto a 97.5 millones de personas que habitan el país. De 1970 a la fecha el crecimiento de esta población, si bien ha sido constante en números absolutos, ha ido disminuyendo en cuanto a su crecimiento relativo, ya que pasaron de representar 2.6%, entre 1970 y 1990, a 1.4% en el año 2000. A pesar de que los indígenas habitan en todos los municipios del país, se concentran en las entidades del centro, sur, sureste y Golfo de México. Así, en Oaxaca, Chiapas y Veracruz radica 42.5% de esta población. Otras entidades con fuerte cantidad de indígenas (con más de doscientos cincuenta mil HLI) son Yucatán, Quintana Roo, Campeche, Estado de México, Puebla, Guerrero, Hidalgo y Michoacán.[4]

La diversidad cultural vigente en el país se expresa en la existencia de más de noventa lenguas

Nahuas de Cuetzalan, 1982. Foto: Maya Lorena.

Nahuas de Cuetzalan, 1982. Foto: Maya Lorena.

y dialectos, que están relacionados con formas distintas de organización social y cultural. Las lenguas indígenas predominantes son el náhuatl (1.4 millones de hablantes), el maya (800 000), el mixteco (438 000) y el zapoteco (422 000). Entre las lenguas que tienen más de doscientos mil hablantes están el tzotzil, el otomí, el tzeltal, el totonaca y el mazateco; entre las que cuentan con más de cien mil están el chol, el huasteco, el mazahua, el chinanteco, el purépecha y el mixe. Las que tienen menos de diez mil hablantes son el tepehua, el kanjobal, el pame y el mame.

La gran movilidad de los indígenas ha provocado que cada vez sea más frecuente e intenso el contacto interétnico, y un ejemplo significativo de ello es el Distrito Federal, en el que viven 141 710 indígenas que hablan casi todas las lenguas indígenas que existen el país.[5] Dicha movilidad, junto a la incidencia del sistema educativo y de los medios de comunicación, han influido para que la población indígena en México sea cada vez más bilingüe y hasta trilingüe, como sucede en varias zonas rurales donde, por la migración y la colonización, se han asentado miembros de diferentes etnias, y como también sucede en zonas urbanas, nacionales y del extranjero, donde los indígenas, además de su lengua y el español, están aprendiendo inglés y japonés. No obstante, todavía hay alrededor de un millón de personas hablantes de lenguas indígenas que son monolingües (16.9% del total de HLI mayores de cinco años), y de ellos, como puede suponerse, la mayor parte corresponde a mujeres, es decir, 633 000 (21.3%) son mujeres y 369 000 son hombres (12.4%). Las

Joven Seri y Maya, Vicam Pueblo, Son. 1984. Foto: Maya Lorena.

entidades federativas donde se concentra el mayor número de monolingües en general se corresponden con aquéllas que tienen mayor cantidad de población indígena, por lo que se concentran en Chiapas (296 000 monolingües), Oaxaca (219 000), Guerrero (125 000), Veracruz (78 000) y Puebla (76 000).[6] Tal situación sugiere que ciertamente en esas entidades existen regiones donde es posible una menor interacción entre población indígena y de habla española, pero también indica que en esas regiones persisten condiciones de mayor exclusión de los índices de bienestar social, entre ellos el del acceso a la educación. Por ello mismo, las proporciones de la población monolingüe varían según se trate de población que habita zonas urbanas o rurales, si se trata de hombres o mujeres y si tienen acceso a la educación escolarizada. De este modo, en localidades rurales 29.4% de las mujeres no habla español, mientras que en las áreas urbanas, donde deben interactuar permanentemente con población no indígena, el porcentaje se reduce a 9.4%. En cuanto al alfabetismo, 56% de las mujeres hablantes de lenguas indígenas sabe leer y escribir, contra 76.7% de los hombres que también lo hacen. De manera similar a lo que sucede con el monolingüismo, en todos los rangos de edad siempre es menor el número de mujeres alfabetas, pero en las áreas rurales la imposibilidad de acceder a la educación se acentúa, así que el porcentaje de mujeres indígenas alfabetas es de apenas 48.9%, mientras que en las zonas urbanas aumenta a 66.7%. En contraste, los hombres registran tasas de alfabetismo superiores a las de las mujeres, ya que son 71.3% en áreas rurales y 83.6% en áreas urbanas.[7]

Tales datos globales adquieren, sin embargo, otra dimensión cuando el alfabetismo y la escolaridad entre la población indígena se analizan desglosando la información por grupos de edad, ya que precisamente los niños y los jóvenes son quienes han recibido mayor atención del sistema educativo nacional. Es observable entonces que más de ochenta por ciento de los niños y niñas indígenas van a la escuela; para ser precisos, 84 de cada cien niñas y 87 de cada cien niños asisten a la escuela en áreas rurales, y 82 de cada cien niñas y 86 de cada cien niños asisten a la escuela en áreas urbanas. Respecto a los jóvenes de quince a veintinueve años de edad, se registran tasas de alfabetismo de 78.2 y 88.2% respectivamente. Tales datos permiten reafirmar la necesidad de enfocar el análisis de la información nacional por grupos de edad y género para poder captar las variaciones y especificidades de cada sector poblacional.

En torno a la escolaridad hay que decir, sin embargo, que no todos los datos censales son alentadores, pues nos indican que a pesar del incremento en el alfabetismo, los indígenas siguen teniendo problemas para concluir la educación básica y acceder a la educación superior. Al respecto, son significativos los niveles de atraso escolar[8] que se presentan entre los indígenas, ya que éste va desde 18% a la edad de ocho años, hasta casi 80% a los dieciséis años, lo que habla de las dificultades que tanto en el ámbito rural como en el urbano enfrenta esta población para acceder y mantener su asistencia a la escuela. Ello ha generado que el nivel de instrucción entre los indígenas sea, por lo general, muy bajo, y más aún entre las mujeres. Así, entre la población HLI mayor

de quince años, de cada cien mujeres 32 carecen de instrucción, 28 cuentan con primaria incompleta, 17 tienen primaria completa, tres han realizado estudios de secundaria incompleta y sólo 12 tienen estudios de secundaria completa o más. Entre los hombres, de cada cien, 19 no tienen instrucción, 32 tienen primaria incompleta, 20 han terminado la primaria, cuatro tienen la secundaria incompleta y sólo 20 tienen su educación básica completa o más. Ello significa que, de acuerdo con el censo, sólo una reducida parte de la población indígena ha podido tener acceso a la educación profesional. Para el año 2000, entre los mayores de quince años, únicamente 3.9% de los hombres (102 589) tuvo algún grado aprobado en carreras profesionales, y entre las mujeres, solamente 2% (54 016).[9] No obstante, hay que tomar en cuenta que entre esos jóvenes indígenas que acceden a la educación superior es donde se presenta con mayor frecuencia el abandono de sus identidades culturales y la renuncia a su identidad como indígenas.

Ante la contundencia de las cifras que muestran el número creciente de jóvenes indígenas en México es evidente la necesidad de atender a las características específicas de este sector de población, ya que si bien no se define aún un criterio único para definirlo y acotarlo,[10] sí existe la certeza de que bajo ese término hay un tipo de población cada vez más importante para las sociedades contemporáneas, en la medida en que constituyen una importante fuerza social por su número, por las repercusiones que en ellos están teniendo las profundas transformaciones económicas, culturales, comunicacionales e informáticas asociadas a los procesos de desarrollo y globalización, así como por las demandas y las formas de participación social que esgrimen reivindicando su pertenencia a ese segmento de la población nacional.

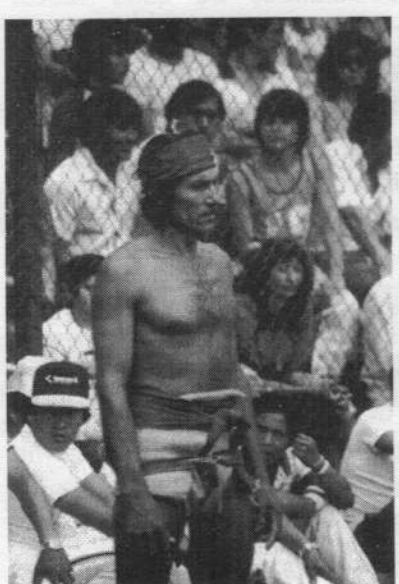
2. Migraciones indígenas

En el México contemporáneo, la intensidad de los movimientos poblacionales ha modificado el rostro del país, tanto de sus regiones rurales como de las urbanas. En un gran número de localidades rurales se percibe la ausencia mayoritaria del sector joven de la población. En algunos casos son los hombres los que se van; en otros son las mujeres, y en otros sitios tanto los hombres como las mujeres salen a buscar opciones diferentes de trabajo y de vida. En las ciudades, lo mismo que en las zonas industriales o de producción agrícola intensiva, lo que predomina es la diversidad cultural. En los rostros, en las formas de vestir y andar y aun en la manera en que se busca ser moderno, se advierten los diversos lugares de origen, los estratos sociales, las culturas de origen.

Los movimientos de población en México no constituyen un fenómeno nuevo ni son exclusivos de la modernidad ni de la posmodernidad que algunos dicen que vivimos. Lo que quizá puede considerarse nuevo, o en todo caso particular, son las características, las rutas, quiénes son los que migran, cuáles son sus objetivos, así como la intensidad con la que se está dando tal proceso.

Mediante estudios recientes es posible ver con claridad que en los movimientos de población no están involucrados sólo los indígenas, pues éstos forman parte de corrientes más amplias en las que participan mayoritariamente sectores de población no indígena. Dichos movimientos son identificables organizando la información para construir las rutas y caminos por los que transitan los migrantes.

Respecto a las actuales rutas migratorias en las que participan indígenas, Valencia Rojas[11] identificó 106 áreas en el país, en las que existen ciudades en torno a las cuales se generan dinámicas económicas que hacen estas zonas propicias



Juego de Pelota Mixteca en la Ciudad de

Juego de Pelota Mixteca en la Ciudad de

Juego de Pelota Mixteca en la Ciudad de

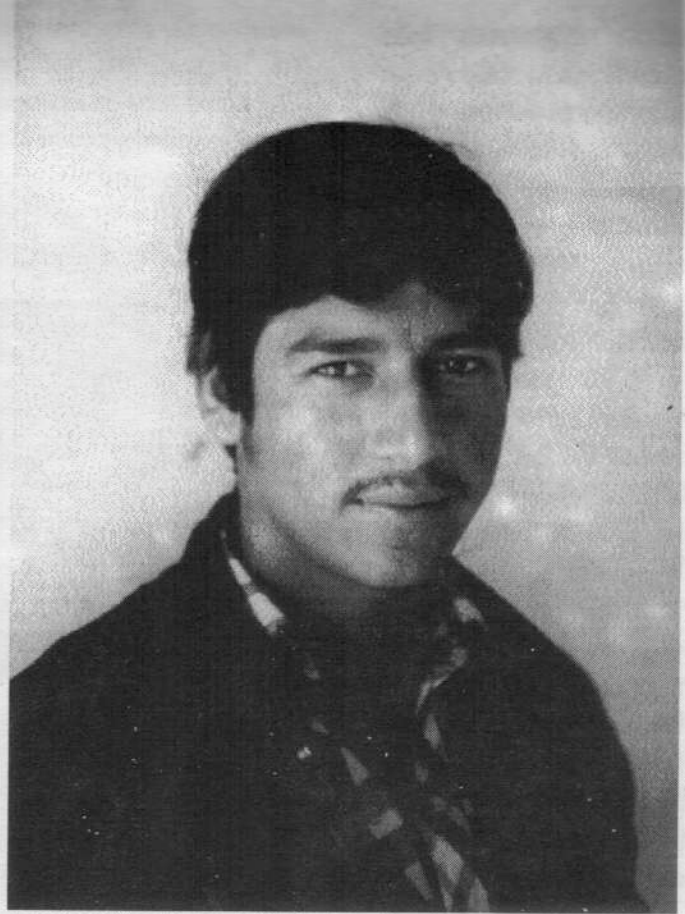
para la atracción de población migrante.[12] Esas ciudades, según el caso, están asociadas con desarrollos agrícolas, industriales, turísticos y de vías de comunicación, entre otros. La ciudad de México y su zona metropolitana, junto con las ciudades y zonas metropolitanas de Monterrey y Guadalajara, constituyen tres de las principales zonas de atracción de migrantes indígenas que involucran ciudades grandes. En los tres casos, Valencia Rojas identifica como característicos de la etapa actual de las migraciones a los flujos rurales-urbanos, más la intensificación de movimientos de población urbano-urbano, en los que se presentan flujos de población de las ciudades grandes hacia las ciudades medianas y pequeñas y municipios aledaños. Las ciudades del centro y este del país (entre las que están Toluca, Cuernavaca, Cuautla, Jiutepec, Pachuca, Tulancingo, San Luis Potosí, Ciudad Valles, Querétaro, San Juan del Río, Puebla y Tehuacán) constituyen otro bloque de ciudades que están adquiriendo características de megalópolis, debido a que han estado sujetas a las políticas destinadas a descentralizar la ciudad de México y, por ende, a la ampliación y relocalización de zonas industriales, todo lo cual las hace permanecer dentro de la zona de influencia del Distrito Federal, a la vez que las fortalece como zonas de atracción. Las ciudades del occidente del país (León, Celaya, Morelia, Uruapan, Quiróga, Pátzcuaro, Zamora y Tepic) constituyen otro bloque de ciudades con importantes corredores agroindustriales y comerciales en su entorno que propician la migración. Sólo que a diferencia de las del bloque anterior, presentan, según Valencia Rojas, una migración circular, caracterizada por los desplazamientos de población entre ciudades vecinas. Las ciudades de Oaxaca (Oaxaca de Juárez, Tuxtepec, Salina Cruz, Juchitán, Puerto Escondido y las Bahías de Huatulco), de Guerrero (Acapulco de Juárez, Taxco, Iguala, Chilpancingo e Ixtapa-Zihuatanejo) y de Veracruz (Jalapa, Córdoba, Orizaba, Minatitlán, Veracruz, Coatzacoalcos y

Nahuas de Cuetzalan, 1982. Foto: Maya Lorena.

Joven Yaqui, Vicam Pueblo, 1984. Son. Foto: Maya Lorena.

Cosoleacaque), cada una con sus peculiaridades de desarrollo (comercial, turístico, industrial, agropecuario e incluso petrolero), representan otros centros de atracción de población regional, aunque en ellas es cada vez más observable el ingreso de población que llega de regiones lejanas, principalmente de la frontera sur. Algo similar se observa para las ciudades del noroeste del país (Ciudad Obregón, Navojoa, Guaymas, Hermosillo, Nogales y San Luis Río Colorado), que con su fuerte dinamismo económico (agroindustrial, maquilador, turístico y financiero) tienen una larga tradición como receptoras de mano de obra, pero también como sitios intermedios, que permiten a los migrantes pasar después la frontera con Estados Unidos. Precisamente las otras dos grandes concentraciones de ciudades en torno a las cuales se organiza el desarrollo de corredores con fuertes actividades económicas son las de las fronteras norte y sur. Valencia Rojas identifica como lugares de fuerte atracción en la frontera norte a las ciudades de Tijuana, Mexicali, Ensenada, Tecate, La Paz, Ciudad Juárez, Chihuahua, Nuevo Laredo, Reynosa, Matamoros, Ciudad Madero, Ciudad

Victoria y Tampico. En la frontera sur identifica como regiones de atracción las ubicadas en torno a Tapachula, Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de las Casas, Villahermosa, Cárdenas, Campeche, Mérida, Cancún, Ciudad del Carmen y Chetumal. Aunque algunos migrantes aprovechan las posibilidades de empleo temporal o definitivo en ambas fronteras, otros las miran como vías intermedias antes de emprender el camino que les permita cruzar hacia Estados Unidos.



Joven Yaqui, Vicam Pueblo, 1984. Son. Foto: Maya Lorena.

De acuerdo con esta realidad nacional, el Censo General de Población del año 2000 muestra una distribución de población que expresa ya cambios fundamentales en los patrones de asentamiento, que tienden a la centralización y la urbanización, además de que muestra el efecto de los desplazamientos de la población causados por la migración. De modo que si en 1990, casi setenta por ciento (66.7%) vivía en localidades rurales (de menos de dos mil quinientos habitantes), para el año 2000 la proporción disminuyó a casi sesenta por ciento (59.8%). Ello significa que en la actualidad viven en las zonas rurales 3.6 millones de indígenas, mientras que en las urbanas habitan 2.4 millones. Otro indicador más de los efectos de la migración son los altos índices de individuos de sexo femenino que existen en regiones importantes por la atracción o por la expulsión de migrantes. De esta forma, si bien la proporción nacional entre hombres y mujeres indígenas es casi similar (alrededor de tres millones para cada sexo), en el Distrito Federal existen 123 mujeres por cada cien hombres, como producto de la inmigración de mujeres a esta ciudad, mientras que en Michoacán (con índice de sexo femenino de 109), Oaxaca (108), Guerrero y Puebla (107), el que existan más mujeres que hombres se debe a la mayor emigración de hombres.[13]

La información de la estructura de la población indígena por edad y sexo también es indicativa de las alteraciones provocadas por la migración, ya que difiere según se trate de zonas rurales o urbanas. Así, la media de edad de la primera los indígenas de entre cinco y catorce años representan 28.9%, mientras que en las ciudades solamente 16.1% son niños); el porcentaje de población entre treinta y cuarenta y cuatro años es mucho mayor en zonas rurales, y es más abundante la población mayor (de entre cuarenta y cinco y cincuenta y nueve años) y la anciana. Por otro lado, los jóvenes de entre quince y veintinueve años tienen un porcentaje similar en los dos tipos de regiones (28.1% en las rurales y 29.8% en las urbanas).[14]

Debido a la intensidad de los procesos migratorios y a la atracción que aún siguen ejerciendo las ciudades, en la mayoría de las urbes del país existen indígenas que han llegado de diversas regiones. En todos los casos, sin embargo, la cantidad de ellos que están en las ciudades (de más de cincuenta mil habitantes) siempre es menor respecto a la población no indígena, tanto en números absolutos como relativos. Su presencia, no obstante, es motivo de preocupación por parte de las autoridades locales, y es considerada problemática por muchos sectores de población que los consideran invasores y ajenos a las ciudades. Ello, sin duda, apunta a una problemática que no tiene que ver con la cantidad de indígenas que viven en las ciudades, sino con ciertas formas de relación, asimétricas y discriminatorias, que han existido históricamente en México entre la población no indígena y la indígena.

3. Los jóvenes indígenas y su arribo a las ciudades

Si bien en el conjunto de las corrientes migratorias, nacionales e internacionales, los indígenas representan sólo una fracción, su presencia adquiere una importancia especial cuando se concentra en ciertos sitios (especialmente en espacios urbanos), y su ser indígena se hace "visible", ya que el contacto interétnico reactiva procesos de identidad en los que se construyen o reafirman prejuicios étnicos y se ejerce la discriminación cultural y social. Es entonces cuando la dimensión

Nahuas de Cuetzalan 1982. Foto: Maya Lorena.

empleada para ciertos fines; generalmente es aprovechada (por los no indígenas) para acentuar las relaciones de dominación, explotación y discriminación cultural sobre este sector de población, aunque también es cada vez más frecuente que sea empleada por los propios indígenas para negociar beneficios, sean éstos económicos, políticos o simbólicos,[15] a partir de reconocerse como una población que requiere atención especial de parte de las autoridades gubernamentales. De manera tal que el ser miembro de un grupo social considerado étnico también puede ser empleado por los indígenas como medio de defensa, organización y negociación, con objeto de conseguir mejores condiciones de trabajo, vivienda, servicios, etcétera.

Difícilmente en las actuales condiciones de globalización (con su lógica económica, financiera, comunicacional e informática integrativa, pero que también es de exclusión y de explotación de grandes sectores sociales) pueden imperar en las ciudades sistemas de relaciones sociales cuya lógica de estratificación y funcionamiento responda principalmente a la dimensión cultural y racial (es decir étnica) de la sociedad, como pasó en ciertos momentos de la historia de este país (en la época Colonial) y como puede ser que suceda todavía en algunas regiones rurales de México.[16] Lo que sucede en las ciudades con el arribo significativo de inmigrantes indígenas es un proceso mediante el cual a las relaciones sociales existentes (con su lógica propia de estratificación y diferenciación social) se les agrega en determinadas condiciones la dimensión étnica como una variable más. Variable que ciertamente puede ser aprovechada para acentuar las condiciones de dominación y explotación de los indígenas, pero que actúa como un catalizador de la condición social hegemónica, más que como la variable ordenadora del conjunto de relaciones sociales de la sociedad.

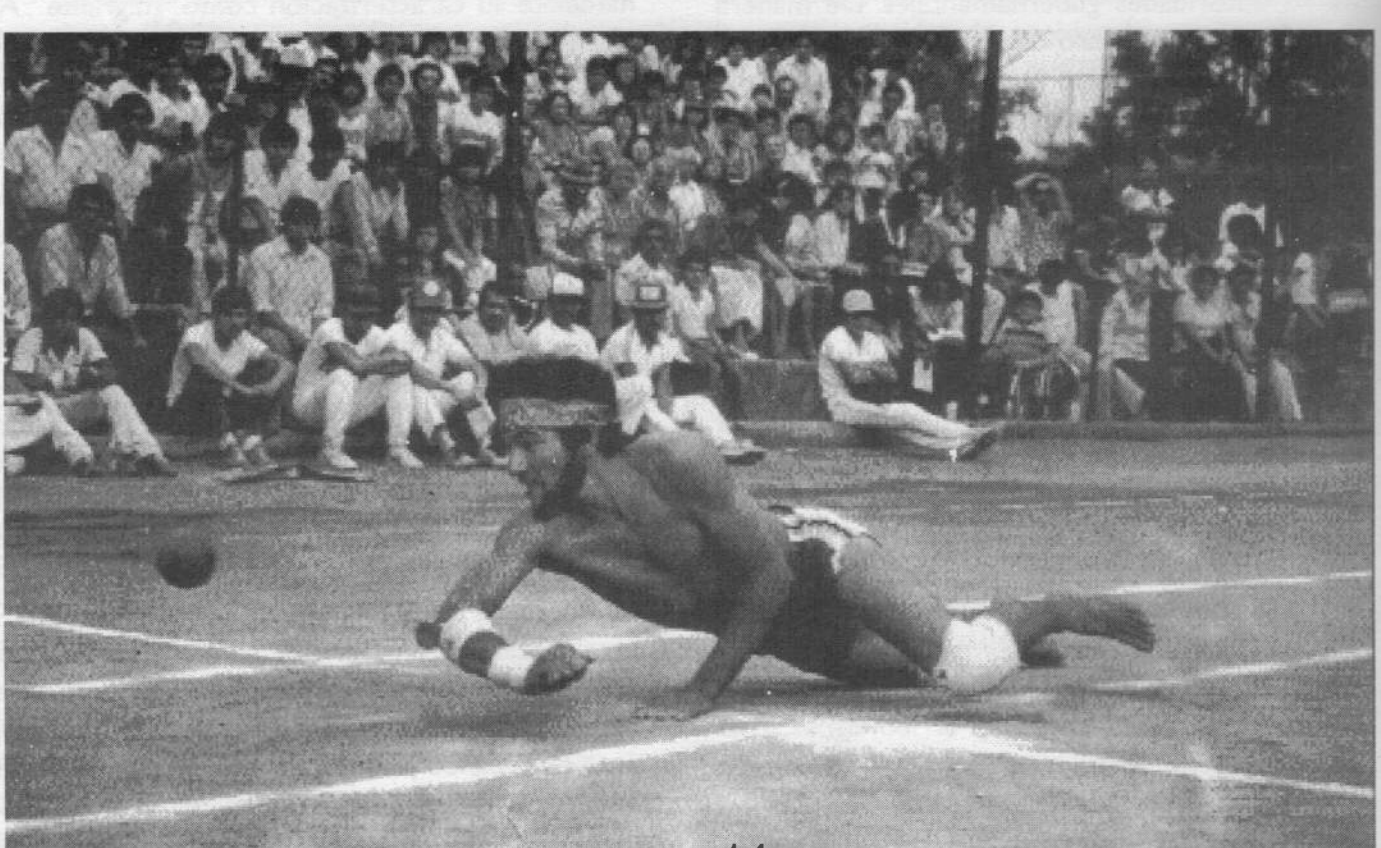
Una forma en la que la presencia indígena en las ciudades es estigmatizada es precisamente mediante su caracterización como "migrante". Al respecto, Pérez Ruiz (1991 y 1993), en sus estudios sobre los mazahuas en Ciudad Juárez, Chihuahua, muestra cómo entre los estudiantes universitarios, mayoritariamente hijos de migrantes o migrantes de primera generación, pero de clases medias no indígenas (provenían de otras ciudades de Chihuahua y de otras entidades del país), no existe la autocaracterización como migrantes, y cómo en cambio esta caracterización es aplicada a los mazahuas, con más de treinta años de residencia en esa ciudad, e incluso a los que ya han nacido en ella. Esa concepción, presente también entre las autoridades municipales, es lo que ha provocado "redadas" en las que los mazahuas, especialmente las mujeres adultas y los niños, son "deportados" en camiones a sus "lugares de origen". Los hombres mazahuas, en cambio, vestidos a la usanza norteña, han encontrado mayores facilidades para negociar, también con las autoridades municipales, predios urbanos y ayuda para la construcción de viviendas, haciendo uso de su identidad como mazahuas, pero asociada ésta a cualidades como la de que son emprendedores y "luchones".

En el caso de los jóvenes indígenas, al estigma de ser indio se le agregan los problemas derivados de su propia condición por la edad, y que comparte con otros sectores de la población nacional también joven: la necesidad de definir pertenencias, afinidades culturales y proyectos de vida, en un contexto en el que prevalece la crisis económica, la falta de empleo y una inmensa e indiscriminada oferta cultural y de consumo, propagada por los medios masivos de información y comunicación.

Joven Yaqui, Vicam Pueblo, Son. 1984. Foto: Maya Lorena.

En México, como en casi todos los países latinoamericanos, el sector joven de la población es impactado permanentemente por los medios masivos de comunicación e información, lo cual ha motivado en ellos la búsqueda de nuevas opciones de vida, escolaridad, empleo y movilidad social y territorial. Sin embargo, este sector se ha visto enormemente afectado por las políticas de ajuste macroeconómico aplicadas por los gobiernos del país, bajo la influencia de organismos financieros internacionales, ya que como resultado de ellas se perciben con una especial nitidez la falta de empleo, la inutilidad de la escolaridad y la educación superior como vía de ascenso social, y la falta de incentivos para transitar hacia la etapa adulta de la vida, que requiere de una estabilidad económica y de una clara ubicación en el contexto de las relaciones familiares.

Entre los jóvenes indígenas, ciertamente la pobreza, la falta de recursos para la producción, la falta de empleo, la ausencia de una estructura educativa satisfactoria, así como los conflictos políticos y religiosos, presentes en los lugares de origen, continúan siendo móviles importantes para la migración a las ciudades. No obstante, entre ellos puede observarse también una búsqueda de cambio, mediante el cual quieren dejar atrás formas de vida tradicionales, que en muchas ocasiones incluyen la falta de espacios de participación política y social en sus regiones, donde está vigente aún una organización social que se rige por relaciones sociales en las que impera una rígida estratificación por sexo y edad, y en la que existen escasas posibilidades de movilidad y ascenso para los jóvenes. De esta manera, las ciudades son



Juego de Pelota Mixteca en la Ciudad de México. 1985. Foto: Maya Lorena.

percibidas por ellos como sitios que presentan nuevas y diversas posibilidades de elección, no sólo de trabajo, sino de vida. La opción de la migración a las ciudades se asume, por ello, en medio de tensiones y conflictos con sus familiares y con su comunidad de origen, además de que su vida ahí se desarrolla en permanente interacción y conflicto con los sectores sociales de su entorno.[17]

El éxodo de jóvenes indígenas a las ciudades, pues, se presenta en contextos adversos, en los que existen fuertes restricciones de empleo y movilidad social que les dificultan concretar sus proyectos de vida y, en esa medida, también su tránsito a la vida adulta, etapa en la que se supondría que deberían tener ya una serie de atributos (como trabajo y responsabilidad ante su grupo familiar y comunitario) para participar activamente en la reproducción biológica, social, económica, cultural y simbólica de la sociedad.[18] Además de que, por su propia condición transitoria, viven con especial intensidad los conflictos generacionales, de género, así como los relacionados con su pertenencia cultural y comunitaria.

Así, los jóvenes indígenas en las ciudades enfrentan la paradoja de que, si bien en ellas están en un medio menos acotado por las prescripciones culturales y de comportamiento vigentes en su familia y comunidad, también es en ellas donde necesitan fortalecer sus vínculos familiares y comunitarios para poder sobrevivir, puesto que se desenvuelven en un ámbito rico en diversidad y ofertas culturales, pero que simultáneamente es agresivo, altamente competitivo, con un amplio margen para la delincuencia, la violencia, el racismo, la discriminación y, por tanto, para la confrontación étnica.

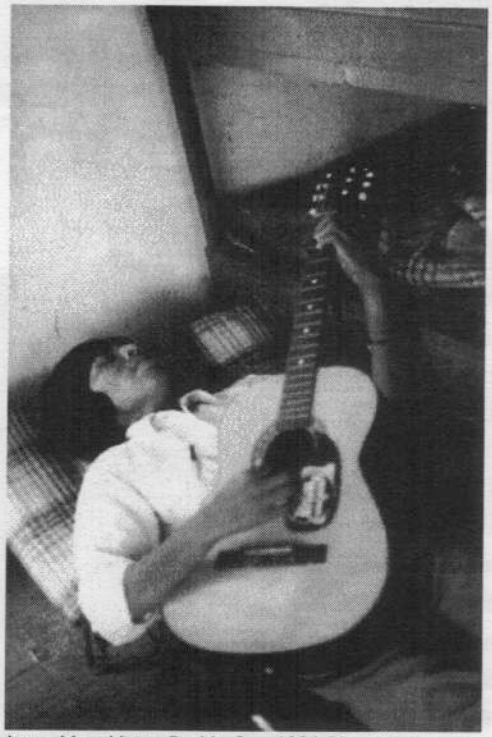
La situación es aún más grave entre las mujeres jóvenes indígenas, que debe afrontar, con especial crudeza, las presiones de sus propios grupos familiares y comunitarios, que generalmente ven con desconfianza su partida.

Estudiosos preocupados por la dimensión de género entre los migrantes

Madre e hija nahua, Atlixco, Pue. 1981. Foto: Maya Lorena.

Joven Yaqui, Vicam Pueblo, 1984. Son. Foto: Maya Lorena.

han encontrado que las mujeres que llegan solas a las ciudades, principalmente las jóvenes, son valoradas negativamente por los hombres de su comunidad o de otras comunidades, al no tener de su lado las estructuras familiares y comunitarias que las respalden y protejan. De este modo, muchas veces son tratadas sin ningún compromiso afectivo y hasta abandonadas cuando de sus encuentros amorosos resultan embarazadas. Al respecto, Freermuth y Manca (2000) relatan algunas de las situaciones difíciles y dolorosas, como la violencia familiar, que motivan a ciertas mujeres indígenas a viajar e instalarse solas en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. En esos casos, empujadas por su soledad y la necesidad de sobrevivencia, deben construir redes de apoyo y amistad (interculturales e intergeneracionales) a través del contacto con otras mujeres indígenas inmigrantes de diferentes comunidades, a quienes van conociendo en diversos espacios laborales, recreativos, habitacionales, etc. Cuando eso no sucede, también se ha podido documentar cómo esas mujeres son proclives a caer en las redes urbanas de la prostitución o a permanecer en la mendicidad (Angoa, 1999, Oehmichen, 2000).

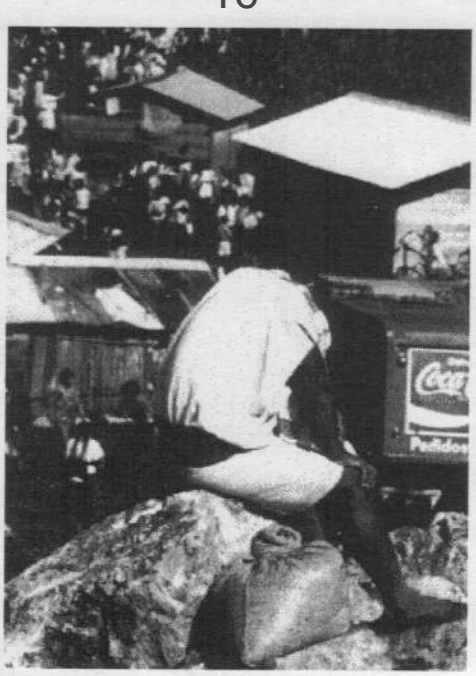


Joven Mayo, Vicam Pueblo, Son. 1984. Foto: Maya Lorena.

El trabajo etnográfico sobre los indígenas en las ciudades ha demostrado asimismo cómo las relaciones familiares, las relaciones entre hombres y mujeres y entre jóvenes y adultos se ven alteradas fuertemente. Así, por ejemplo, se presentan alteraciones en el papel educativo de padres a hijos, cuando son los niños y los jóvenes los que deben enseñar a sus padres no sólo la vida y el habla de la ciudad, sino inclusive a leer y escribir (Thacker y Gómez, 1997). Además de que hombres y mujeres indígenas nacidos en las ciudades comienzan a reivindicar el "ser joven", el "ser adolescente", como una etapa intermedia entre la infancia y la edad adulta, etapa de vida generalmente inexistente en las comunidades indígenas tradicionales (Thacker y Gómez, 1997, Martínez, 2001). Por su parte, Cristina Oehmichen (2000), en su trabajo sobre mazahuas residentes en la ciudad de México, relata cómo, ante la mayor facilidad de las mujeres para conseguir trabajo y por ende el ingreso de la familia, se ha alterado el papel tradicional del hombre como proveedor y sostén económico, y cómo ello ha redundado en una mayor violencia familiar, mayor incidencia en el alcoholismo masculino y en un aumento de la poliginia. De igual manera, ha señalado cómo el aumento de mujeres abandonadas, de hogares sostenidos económicamente sólo por las mujeres, así como la falta de atención que ello implica para los niños y los jóvenes del grupo, ha acentuado los índices de drogadicción y vandalismo entre ellos.

Por tanto, si bien en ocasiones la incorporación de los jóvenes indígenas a grupos delictivos tiene que ver con la falta de opciones de estudio o de trabajo, así como con la discriminación de la que son objeto (y que acentúa la exclusión y la autoexclusión social), también está relacionada con las alteraciones de las relaciones familiares y con el debilitamiento del grupo familiar y comunitario como espacio de pertenencia e identidad.[19]

Así pues, la situación no es fácil para los jóvenes indígenas en las ciudades, incluso para quienes ya nacieron en ellas, puesto que estos últimos se ubican en una posición un tanto ambigua respecto a su pertenencia. Por una parte, el ser hijos de "migrantes" y continuar perteneciendo a la comunidad de origen los hace verse y ser vistos como ajenos a las ciudades; pero por otra, su condición de "nacidos en la ciudad" les crea tensiones especiales frente a los parientes, amigos y autoridades que permanecen en el lugar de origen. Los ven extraños cuando llegan a las fiestas o para incorporarse a las peregrinaciones, vestidos a la última moda, con el caló y las actitudes aprendidas en las ciudades, al tiempo que sus ingresos, y ellos mismos, son necesarios para la continuidad y la reproducción de sus



Mercado Chamula, Chiapas, 1977. Foto: Maya Lorena.

Joven Yaqui, Vicam Pueblo, Son. 1984. Foto: Maya Lorena.

comunidades de origen; como futuros esposos y esposas de los que se quedan, como enlaces con la ciudad, e incluso como futuras autoridades, ya sea en las ciudades o en sus lugares de procedencia. Las formas como cada grupo familiar y comunitario resuelve estas tensiones son variadas, y entre ellas hay casos en los que los nacidos en la ciudad ya no tienen obligaciones con el lugar de origen, y otros en los que se busca, desde el principio, crear y fortalecer una serie de vínculos (rituales, festivos, e inclusive políticos) para integrarlos a la vida comunitaria.

La incursión de los jóvenes indígenas en las ciudades, sin embargo, no siempre es traumática y marcada por la desgracia, la pobreza y la discriminación. Desde los años cuarenta, por lo menos, existen testimonios de jóvenes que llegaron a la ciudad de México a estudiar y/o que pudieron encontrar empleos estables. Algunos de ellos trabajan en diversos puestos dentro del sector público, en industrias y diferentes empresas, y otros, después de realizar sus estudios (en el Politécnico, en la UNAM, en la UPN, en el CIESAS, etc.) se desempeñan hasta hoy como profesionistas, investigadores, maestros, e incluso como diputados y legisladores de diversos partidos políticos. Ciertamente, en algunos casos el éxito y el ascenso social han implicado la renuncia a su pertenencia comunitaria y a su propia identidad cultural, pero en otros, esas personas han retornado a sus comunidades para emprender proyectos políticos, culturales o productivos importantes, o han permanecido en las ciudades dentro de organizaciones y movimientos que reivindican los derechos indígenas.

Es verdad que no todos los jóvenes que llegan a las ciudades han tenido esas oportunidades de estudio y empleo, pero tampoco es cierto que todos los que llegan a ella sean siempre pobres, víctimas propicias del vandalismo, y que ocupen siempre los últimos lugares de la escala social.

Si bien la variedad que existe entre los migrantes respecto de sus condiciones de vida en las ciudades (educación, empleo, salud, alimentación, vivienda, ingresos, espacios de socialización, consumo cultural, etc.) tiene que ver con las opciones y limitaciones que en un momento dado existen en esos lugares, también evidencia la existencia de una diferenciación social, previa a la salida del lugar de origen, que condiciona un cierto rango de posibilidades y expectativas entre los migrantes, así como el marco de las opciones entre las que deben escoger y desenvolverse. Aunado a ello, la migración y las formas de vivir en la ciudad adquieren características específicas según se trate de hombres o mujeres, según sea su situación generacional, y según sean las coyunturas personales, familiares o comunales que inciden en las decisiones de quién, cómo, cuándo y

hacia dónde se debe emigrar, así como el tipo apoyos y facilidades con que contarán en el lugar de arribo.

Por lo anterior, adentrarse en el tema de los jóvenes indígenas en las ciudades es un reto que debe realizarse dejando atrás varios estereotipos vigentes entre los estudiosos de los indígenas urbanos: no todos los indígenas en las ciudades son pobres; no siempre ocupan puestos marginales y mal pagados ni se ubican en una misma clase social; los jóvenes indígenas no siempre, ni mayoritariamente, se comportan bajo patrones individualistas y sin capacidad de decisión frente al embate cultural de los medios masivos de comunicación; tampoco todos ellos responden de la misma y mecánica forma ante las pautas, normas y directrices de sus grupos familiares y comunales. Además, fuera de la lógica modernista que opone lo tradicional y lo moderno entre los indígenas en general, pero visiblemente entre los considerados jóvenes, hay que tomar en cuenta que se dan importantes procesos de adaptación, apropiación e innovación, aunque también de pérdida cultural y de enajenación (según los términos de Bonfil, 1986). De esta forma, hay que tener cuidado, también, con las posiciones extremas que consideran que todos los jóvenes urbanos, sin importar su condición social y cultural, tienen hoy identidades híbridas, posmodernas y altamente individualizadas. En el caso de los jóvenes indígenas, en cambio, hay que tener en cuenta que mayoritariamente sus procesos de identidad personales forman parte de procesos más amplios en los que están involucrados sus grupos familiares y sus comunidades culturales, y que es en el seno de ellos y/o en confrontación y negociación con ellos, como definen sus proyectos de futuro, y como definen el presente y el futuro que quieren, buscan y pueden construir en los contextos actuales de globalización.

Joven nahua, Atlixco, Pue. 1981. Foto: Maya Lorena.

Mazahuas, cd. Juárez, Chi. 1988. Foto: Maya Lorena.